
¡LOOR A LOS HÉROES!

*A mi buen amigo y compañero Manuel
Sánchez Vivancos.*

Ahí le tenéis. El hombre estudioso, amante de su profesión, de espíritu tenaz y resuelto, contiene durante cuatro meses, y en un pequeño blocao denominado Tikun, en la zona de Larache, a enemigo mayor en número que los valientes que a su lado defendían el honor de nuestra Bandera, dando a conocer una vez más el subido temple de alma de nuestros soldados.

Con su ejemplo elevó el espíritu de todos, cuando ya empezaban a faltar los víveres y la sed y el hambre iban consumiendo poco a poco a Vivancos y a sus cazadores; y en una de esas noches que con más denuedo y fanatismo el enemigo, aprovechando los accidentes del terreno y el emplazamiento defectuoso del blocao, les atacaba y ostigaba a la rendición, Vivancos, con la impasibilidad que le caracteriza, ordena a los defensores sagacidad y puntería; él arroja bombas, que hacen mella al enemigo; una, otra y otra..., hasta que al arrojar la última, menos afortunado, explota en su mano, destrozándose la por completo...

Ni un ¡ay! se escapó de sus labios. ¡Gran corazón, ni se inmutó siquiera!

¿Qué hacer? ¿Llamar para que le curaran?... No; decaería el espíritu tan levantado de los suyos; y, tras de un momento de incertidumbre, se decide resueltamente. Él mismo se cercena los restos deformes que la bomba le dejara, y con gran dolor y trabajo, como pudo, se venda para no desangrarse; después, como si nada hubiera ocurrido, otra vez al parapeto a animar a los suyos, que con la vista al campo no perdían movimiento alguno del enemigo.

Al amanecer, «Sin novedad en la posición», dice el parte.

¡Sublime y grandísimo reflejo del espíritu de disciplina y sacrificio que caracteriza a nuestra humilde clase!

A los ochenta días faltan víveres y agua. Sólo garbanzos tostados es el alimento de estos valientes hijos de España. Tan sólo queda un vaso de agua, que por todos es designado generosamente para el Sargento mártir, aquél que en los días más tristes les animaba con la vuelta a sus pueblos y el abrazo de sus madres, que llorando esperaban su regreso... ¡Él, en cambio, no esperaba esas caricias! ¡Más desdichado que ellos, perdida la tenía desde mucho tiempo, y seguro era que le estaría viendo, llena de gozo, desde la mansión de gloria que él, tan bravamente y para honra suya, le estaba tegiendo!

¡Grande fué tu heroísmo, gentil y bravo de Castilla!

Tus hazañas—como en los tiempos que pertenecías al bravo «Pe-leador» 33 de línea, gloria del Arma de Infantería, que te dió el ejemplo con sus innumerables hechos en la campaña del 21, y en donde te ganaste el cariño de tus Jefes y compañeros, que ahora, más que nunca, saben lo magno de tu obra, fruto de las enseñanzas que en el mismo recibiste—fueron base para el altar que muy en breve te erigirán tus hermanos en el pueblo que tuvo la dicha de dar a su Patria un hijo tan valiente y humilde...

Ya fué liberada la fuerza que tan bravamente se portara desde el 3 de septiembre del 24 hasta el 15 de enero del año actual, y unos en sus hogares, alrededor de sus deudos, y éste curando de las heridas recibidas durante el asedio, gozan al pensar en el deber cumplido, repitiendo una y mil veces: «¡Quién se encontrara en otra ocasión igual, para mayor gloria nuestra!...»

Y al final se ven sus labios moverse. ¡Es una oración por las almas de aquellos compañeros que allá, en la aguada, dieran su vida por la Patria!

ANTONIO P. CALÍN.

Sargento del Batallón de Radiotelegrafía.

